

17 HOMENAJE A MIGUEL FISAC

El lunes 12 de junio, transcurrido justo un mes desde su fallecimiento, el Colegio de Arquitectos de Madrid y el Ministerio de Vivienda organizaron en el teatro Infanta Isabel de Madrid un homenaje póstumo a Miguel Fisac.

Francisco Arques, especialista en su obra, abrió el turno de intervenciones presentando al resto de participantes. Le siguieron Ricardo Aroca, decano del Colegio, Javier Ramos, Secretario General del Ministerio, José Antonio Corrales, Francisco Umbral y Luis Fernández Galiano. Cerraron el acto su mujer, Ana María Badell, y la audición de la cantata In memoriam Anaick que Cristóbal Halffter compuso tras la muerte de su hija.

A continuación se recogen los textos de las sucesivas intervenciones.

Creativo, inquieto, impaciente

Francisco Arques

La personalidad de Miguel Fisac siempre ha estado marcada por un halo de modernidad que le acompañó a lo largo de toda su vida—incluso en los malos momentos—, un "no sé qué" que desvelaba y revelaba a un hombre de profundas convicciones éticas, una personalidad creativa, inquieta, impaciente e inteligente que supo mostrarnos una forma de vivir a través de su arquitectura. En él, como en todos los grandes hombres, existía una preocupación por la dignidad del ser humano, por el medio ambiente, por crear un hábitat acorde con nuestras necesidades, en definitiva, por acercar la arquitectura (una de sus grandes pasiones) al hombre, y viceversa. Algo que compartía con uno de sus más admirados maestros, el arquitecto sueco Erik

Gunnar Asplund. Por eso, me gustaría concluir mi breve intervención, antes de ceder la palabra a las personalidades que me acompañan, mucho más cualificadas que yo, sin duda alguna, para glosar la figura de Miguel Fisac, con una cita recogida en su último libro titulado Reflexiones sobre mi muerte. En ella se refleja, con toda plenitud, esa calidad humana que tenía Fisac, ese espíritu y esa valentía necesarias para enfrentarse a la muerte, y que constituye su última lección:

"Estoy convencido de que la muerte es poca cosa, casi nada. Es sólo como si, girando un botoncito, cambiáramos de onda: de frecuencia normal a onda de frecuencia modulada" (18 de octubre de 1997).

Fisac sin adjetivos

Ricardo Aroca

Era de una pieza, sin partes ni adjetivos, y trataré en lo que sigue de hacer el ejercicio de no emplear ninguno, salvo los posesivos, aunque no he podido evitar los adverbios, y de ceñirme a lo que de él conozco directamente.

Miguel Fisac fue para mí, a la sazón estudiante, antes obra que persona. Conocí de su existencia a través de los Dominicos de Alcobendas y en una boda entre arquitectos celebrada allí hace unas semanas volví a recordarlo, una vez más, poco antes de su muerte. Era la propuesta, sin concesiones, de una iglesia, la planta de cruz dejaba paso a la hipérbola, los muros de ladrillo, el techo de madera, la luz encauzada por los tubos de fibrocemento sobre la cruz suspendida por hilos de cobre... Todo sigue igual y emociona igualmente, tantos años después.

Lo que había hecho antes empezó a interesarme, pero no era fácil obtener una opinión al respecto de nuestros profesores de la Escuela, lo que le situaba ya en esa especie de limbo en el que están los que no se dejan clasificar, en el que se movió siempre. Hacía lo que le parecía y no tenía miedo a nada, ni siquiera a la construcción y las estructuras; dominó en lo esencial todo lo que necesitaba para hacer la arquitectura hasta el final.

Poco después se nos apareció en persona, en los coloquios que organizaba Carlos de

DE IZQUIERDA A DERECHA,
LUIS FERNÁNDEZ-GALIANO,
FRANCISCO UMBRAL,
RICARDO AROCA,
JAVIER RAMOS GUALLART,
JOSÉ ANTONIO CORRALES, Y
FRANCISCO ARQUÉS.



FOTOGRAFÍA CEDIDA POR EL MUNDO.

Miguel, y que entonces, como ahora, se llenaban con estudiantes. No dialogaba, afirmaba siempre con vehemencia y sin demostrar, a lo que parecía, interés por las opiniones de los otros, o al menos ésa era la impresión que sacábamos; mucho más tarde entendí que no era dado a la duda. Luego fui descubriendo sus obras, algunas hechas bastante antes. Fachadas y techos llenos de inventiva (más aún para los medios de la época) que dejaban pasar la luz sin que apareciera el cristal. Alguno de ellos, como los Laboratorios Jorba con el cuadrado en planta que giraba y los picos del remate, podría, a primera vista, parecer casi una broma a quien no conociera al personaje, y desde luego no lo era. Y siempre hormigón, tratado cada vez de una manera, inventando todo unas veces y casi copiándolo a sí mismo otras.

La frecuencia de su obra fue disminuyendo y cuando muchos años después volvió a aparecerse, con más frecuencia, como persona, pensé que él había cambiado; ahora creo, más bien, que el que había cambiado era yo. En las juntas anuales de accionistas de *El País*, en las que me tocaba ser el que hablaba, nos unía el interés por el periódico y el desinterés por Prisa como negocio.

Nunca congenió con la Escuela de Arquitectura. Incluso siendo Sáenz de Oiza director, y yo subdirector, se encerró unas navidades en

solidaridad con los suspensos del Proyecto Fin de Carrera; no hicimos nada y acabaron cansándose todos.

Cuando demolieron Laboratorios Jorba y, más tarde, cuando negociábamos con el Ayuntamiento acerca de qué podría quedar de Laboratorios Alter, o con el Ministerio de Hacienda su intervención en la reparación de uno de los edificios de Investigaciones Científicas, me sorprendió el desapego con el que hablaba de su obra, en paralelo con el que demostraba sobre su propia existencia.

En la cremación de Ramón Vázquez Molezún (el otro gran dominador de la esencia de la construcción que he tenido la fortuna de conocer y tratar, y no es fácil imaginar personalidad más opuesta a Fisac en todo lo demás), Miguel pronunció una oración como no he oído ni espero oír en mi vida, modelo de estoicismo y conformidad con la muerte, y a la vez llena de alegría.

Cuando visité con él el Instituto de Investigaciones Hidrológicas, junto al río Manzanares (conservado con parsimonia y cariño, hasta en el mobiliario) para poner una placa, o cuando pronunció la conferencia de la Semana de la Arquitectura 2005 aquí mismo, seguía lúcido como siempre, pero su vigor empezaba a apagarse asediado por los años, mientras en paralelo su casa, hecha por él en

el Cerro del Aire y compartida tantos años con Ana María, era asediada sin piedad por el crecimiento de Madrid.

Trabajó hasta el final, intentando hacer su arquitectura contra viento y marea, y consiguiéndolo con frecuencia; murió en su casa de siempre, rodeado de su familia después de una vida de una pieza, sin fisuras, adornos ni adjetivos.

Reposa en un cementerio de pueblo con su hija muerta prematuramente, bajo un pino plantado por él y una lápida que él mismo diseñó. Vivirá en nuestro recuerdo mientras vivamos los que le conocimos.

Crítico hasta el último aliento

Javier Ramos Guallart

En el año 2003, el Ministerio de Fomento concedió a Miguel Fisac el Premio Nacional de Arquitectura 2002, destacando el jurado su dilatada trayectoria y la aportación de su obra a la incorporación de la arquitectura española en la modernidad del siglo XX.

Se premió así la apasionada y rigurosa vida de un hombre complejo, al que sus ideales de convivencialidad llevaron a buscar en el cristianismo secular del Opus Dei la ocasión de brindar, también desde la arquitectura, un mayor servicio a los demás.

Aquella experiencia con la Obra, —de la que sale ileso en 1955 pero a la que quiso renunciar prácticamente desde su entrada en 1936—, afectó además a su natural intolerancia y mal genio, características personales de Fisac, sin duda exageradas, pero que según sus palabras, salieron reforzadas de aquel empeño. Su ruptura con la Obra también afectó a las condiciones en las que su trabajo profesional pudo desarrollarse desde entonces, como también le afectaron las escasas condiciones existentes en el país, para poder realizar la investigación que reclamaba.

Antes que Miguel Fisac, todavía en las primeras décadas del siglo XX, Fressynet, Torroja y Maillart iniciaron la aventura plástica del hormigón. Pero fue con Fisac, en los años '50, cuando una nueva estética surgida de nuevas

soluciones técnicas en el uso de este material despegó en el país, al tiempo que Nervi en Roma, Candela, Yamasaki y Saarinen construían sus mejores ejemplos en otras partes del mundo.

Se ha hablado mucho de la inspiración que hizo posible esta arquitectura orgánica, expresiva y humanizada. Como casi siempre sucede, los impulsos de una nueva corriente estética contagian a todas las artes, ya sea la pintura o la música, el diseño o la arquitectura.

A comienzos de los años '50, cuando aparecían los primeros plásticos y se desarrollaba también la investigación aerodinámica, el diseño nórdico presentó en Estados Unidos y Canadá lo que iba a ser el comienzo de una nueva forma de entender los objetos cotidianos, adoptando un enfoque según el cual los productos se crean a partir de una interpretación humanista de los principios formales, técnicos y estéticos propios del Movimiento Moderno.

El funcionalismo puro del diseño de la Bauhaus carecía de este humanismo, propio del diseño nórdico, y ello explica que fueran los diseñadores escandinavos quienes primero plantearon al mundo una forma más asequible y menos doctrinal del Movimiento Moderno, con formas suavizadas en el empleo de los materiales naturales, fundamentando una

sólida pasión por la exploración de las formas de la naturaleza, en la búsqueda de la esencia funcional y estética de los objetos.

En España, Miguel Fisac acompañó este proceso desde su trabajo profesional, y su experimentación con las formas orgánicas estructurales y el uso como acabado de las cualidades moldeables del hormigón —hasta donde los encargos le permitieron llegar— supusieron su importante aportación a la historia de nuestra arquitectura.

Amante de la naturaleza, la armonía y el sosiego, y crítico hasta el último aliento con el urbanismo y con las ciudades que hemos generado, su talento se extendió también hacia la concepción de la ciudad, como plasmó en su libro *La molécula urbana*, en el que recoge una original propuesta de ciudad orientada a la convivencia.

La vivienda social era también un tema de prioritario interés para Fisac. Desde el comienzo de su carrera realizó avanzadas propuestas de vivienda mínima, últimamente centradas en reconstruir el itinerario constructivo de estas viviendas. En eso estaba trabajando cuando se nos fue, y por ello el Ministerio de Vivienda quiere rendir a Miguel Fisac este pequeño y merecido homenaje.

Heterodoxos

José Antonio Corrales

En los años 1948 y 1949, cuando Ramón Vázquez Molezún y yo acabamos la carrera de Arquitectura en Madrid, ya existía en nuestro panorama la Escuela de Miguel. Era ya un personaje para nosotros, embarcado en el mismo afán de renovación de la arquitectura española al terminar la Guerra Civil. Muchos años han pasado, pero nuestro conocimiento y nuestra amistad, que han existido siempre, han estado siempre algo distantes.

Miguel era, repito, nuestro mito. Sin embargo, dos días después de su fallecimiento, creo que fue el 14 de mayo, viendo la entrevista tan completa que difundió Canal +, le conocí mejor, a nuestro querido personaje. Resulta que las cosas que decía Miguel eran relativas a los mismos años, el mismo país y dentro de nuestro mismo afán, pero no eran exactamente iguales a las que diría yo. Miguel empezaba, confesaba, un gran desencanto en los años '70 y '80, ante el progreso natu-

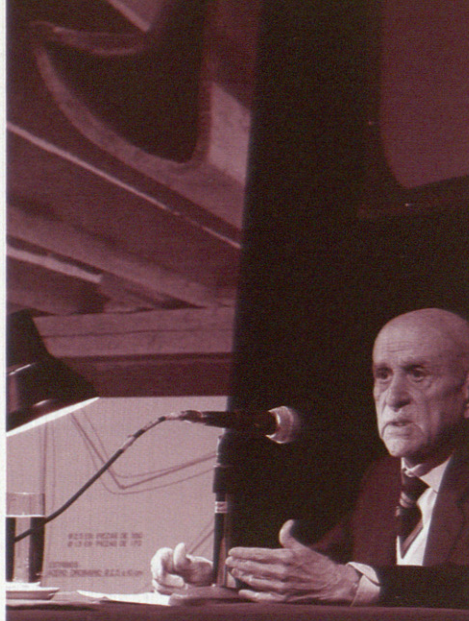
ral y el progreso real del mundo. Él propugnaba como única solución una revolución. Una revolución no violenta, realizada por cada uno en su corazón. Una revolución para amar de verdad a los demás. En esto, naturalmente, no se puede dejar de estar de acuerdo, pero en su desencanto temprano ante su visita a los maestros modernos, en su escándalo ante el maestro europeo, no puedo estar completamente de acuerdo. No nombró en la entrevista, ni una vez, la palabra "moderno", siendo un gran maestro de la arquitectura moderna española.

No es que nosotros, Ramón y yo, no sintiéramos una cierta desilusión ante la llegada, en los años '80, del postmodernismo. Pero esta desilusión, a mi modo de ver, era en gran parte debida a que los principios modernos— pido perdón porque esta palabra actualmente puede ser muy contradictoria—, no fueron y no han sido nunca del todo adoptados.

Miguel se confesó heterodoxo. A Ramón y a mí nos declararon alguna vez también heterodoxos. Emplearía todos los adjetivos para alabar a Miguel y a su obra. No lo voy a hacer; para empezar, no lo sé hacer. La obra de Miguel es una obra de gran autenticidad, es de verdad. Sus iglesias, sus edificios, sus creaciones y sus investigaciones sobre hormigón pretensado, sus vigas, sus huesos...

En el tanatorio, donde hace ya diez años llegaron los restos de Ramón Vázquez Molezún, Miguel —siempre me acordaré— pronunció unas palabras, una oración fúnebre, viva y evangélica, en la cual recordaba las alegrías de nuestro querido Ramón.

Miguel, en este sitio, sin espacio, ni tiempo, arrastrados mutuamente, ruega por nosotros que seguimos en tu afán.



Hombre transido Francisco Umbral

Las piedras de Fisac acompañaban nuestra amistad de siglos, poderosa, su discurso de hierro, sabio y fuerte como era aquel manchego, hombre transido.

Me gustaba escuchar a este gran hombre que tanto dialogó con el cemento porque tuviera el don santificado de caminar descalzo los embalses. Era un santo católico y obrero con el humor difícil de los nobles, recordaré a Miguel en cada almena donde se pose su valiente vuelo. Ah esa telefonía de las cruces que estilizaba viejas teologías. Todos iban a hablar. Yo iba a escucharle y por él aprendí que nuestras aves son la porción mística, duradera de los extensos cielos que alguien vuela. Miguel hizo milagros con la antena de un Cristo estilizado, conferido y hay todo un santoral por esas nubes que cuenta sus palabras con el cielo. Miguel Fisac, manchego y solitario, navegaba los mares de La Mancha, llevando su milagro y su palabra hasta las lejanías del río Záncara. Se le ha visto llevar el cielo azul a ese mar campesino, santo trabajador y castellano, fundó sobre el milagro de las aguas la escultura caliente de su verso.

La buena muerte de Miguel Fisac Luis Fernández-Galiano

Llevaba años preparándola. Miguel Fisac orquestó la ceremonia de los adioses como su último proyecto. El progresivo despojamiento, la creación de la Fundación, el traslado de los archivos a Ciudad Real, las disposiciones finales y hasta sus "poemas de la buena muerte" conducen serenamente hasta su desaparición luminosa en el Cerro del Aire, al alba de un viernes de mayo. En la casa que hace medio siglo construyó para Ana María, y acompañado de la mujer que ha compartido su prolongado itinerario biográfico, este gigante de la arquitectura española ha abandonado el reino de este mundo con la plácida aceptación que parece reservada a los creyentes en el otro. Fisac dejó el Opus Dei poco antes de contraer matrimonio en 1957, pero sus discrepancias públicas con la institución que había contribuido a fundar no afectaron a sus convicciones religiosas, que le hacían esperar el tránsito de la muerte con una naturalidad de emocionante elegancia.

Los creadores sobreviven en todo caso a través de su obra, y la copiosa cosecha de proyectos y patentes de Miguel Fisac garantiza la continuidad en el tiempo de las criaturas de su ingenio. Arquitecto de fértil imaginación técnica, tan dotado de talento plástico como de inventiva mecánica, la carrera de este manchego nacido en Daimiel en 1913 y titulado en Madrid en 1942 se extiende a lo largo de seis décadas, desde sus inicios en la España de la posguerra hasta las obras terminadas ya en el siglo XXI, y su esencial continuidad no excluye tres etapas bien diferenciadas, que coinciden con la propia evolución política y económica del país: la autarquía de los años '40 y '50, el desarrollo de los '60 y la transición de los '70 y los '80.

El primer periodo tiene como escenario la mítica Colina de los Chopos, donde el Consejo Superior de Investigaciones Científicas dirigido por José María Albareda encarga a Fisac la materialización de esa acrópolis del conocimiento en los altos del Hipódromo, que se había iniciado en el periodo republicano y que los sueños imperiales de los vencedores de la guerra quisieron teñir con monumentalidad clasicista y católica. Así se levantan la capilla del Espíritu Santo, el edificio central del CSIC y los propíleos pétreos que dan acceso desde la calle Serrano a esa ciudad de Dios y de la Ciencia. Pero el inquieto viajero que es Fisac pronto se alejará de esa retórica solemne, y su experiencia escandinava de 1949 templará con empirismo las obras posteriores, tanto en el ámbito de la investigación y la enseñanza

—con el Instituto Cajal en Madrid y el primer instituto laboral, que se construiría en su localidad natal— como en el de la arquitectura religiosa, que alcanzaría singular altura con el Teologado de los Padres Dominicos en Alcobendas.

La segunda etapa de Fisac se asocia a sus experimentos estructurales con los huesos de hormigón, que emplea como vigas, pérgolas o celosías en innumerables proyectos, en los pioneros laboratorios farmacéuticos Made o la espectacular nave del Centro de Estudios Hidrográficos hasta la parroquia de Santa Ana, el edificio IBM en la Castellana madrileña o las bodegas Garvey en Jerez de la Frontera, un conjunto de obras que retratan musculosamente el optimismo técnico y social de la España del desarrollo. De estos años '60 es también la torre de los laboratorios Jorba, construida con paraboloides hiperbólicos de hormigón al borde de la autopista de Barajas y conocida popularmente como "la pagoda", cuya demolición en 1999 fue ocasión de un encendido debate ciudadano.

El tercer y último periodo de la obra de Fisac es también el más incomprendido, porque su fascinación con los encofrados flexibles, que dan al hormigón un aspecto mullido, encontró poco eco en sus colegas o en la crítica, y el arquitecto se vio relegado a una oscuridad profesional tanto más notoria cuanto que seguía a tres décadas de éxito continuado y unánime. Con esa técnica de muros flácidos construyó el centro de rehabilitación Mupag, el Hotel Tres Islas en Fuerteventura, la parroquia de Nuestra Señora de Altamira o el Centro Social de las Hermanas Hospitalarias, además de su propio estudio en el Cerro del Aire o su casa en Almagro, recintos domésticos donde se recluiría durante su prolongada travesía del desierto: una marginación que llegaría felizmente a término durante los años '90, con la multiplicación de los honores y reconocimientos públicos, pero también con su descubrimiento por la crítica internacional, que vio en los huesos de hormigón y en los encofrados flexibles del arquitecto una aventura técnica y estética que enlaza con las preocupaciones materiales y táctiles de las últimas generaciones. A través de su influencia en ellas, y a través también de la permanencia grave de las obras, el espíritu inquisitivo, exigente y lúcido de Miguel Fisac seguirá obstinadamente entre nosotros.

PARTITURA DE LA CANTATA *IN MEMORIAM ANAÏCK*
DE CRISTÓBAL HALFFTER

Desde mis recuerdos

Ana María Badell

Yo estudié la carrera de Perito Agrícola. Miguel ya había salido del Opus Dei cuando yo le conocí. Él daba una conferencia de jardinería en la Escuela de Arquitectura. Me lo presentaron, y al día siguiente, cuando volví para escuchar a otro conferenciante, me encontré con que Miguel se había sentado entre el público y me guardaba el asiento de al lado. Más adelante, él me contó que había tenido un presentimiento: yo era la mujer que él buscaba. Cuando me casé con Miguel yo estaba muy enamorada y me gustaba su manera de hablar, de explicarse, de contar miles de anécdotas, de inventar cosas. Me agradaba que tuviera éxito. Él era ante todo generoso, muy generoso. Teníamos cerca de casa un barrio de gente humilde y Miguel me daba dinero para ayudarles. Él no era rico, ni se le daban bien los negocios, pero era muy desprendido. También tengo que decir que nunca sintió odio por los que le persiguieron. Es más: cuando decía que a muchos les tenía cariño, yo me indignaba, pero él repetía que ellos sólo estaban equivocados.

En casa se hablaba de arquitectura a todas horas, Miguel hasta soñaba con temas de arquitectura. En cuanto se dormía, empezaba a hablar en alto sobre lo que tenía entre manos. Era obsesionante su dedicación a

dibujar cosas diferentes. Unos días antes de morir, ya con el trazo temblón, diseñó un espejo, para el recibidor de una casa en La Mancha, que es muy especial y distinto. Recuerdo cuando inventó una lámpara que, al decir que era de Fisac, la rechazaban sus compañeros. Cuando inventó la siguiente le dije: cambiemos el nombre, se le pone Blanca Nieves. Miguel se resistió pero el nombrecito hizo que se vendiera muy bien. En todas las cocinas había una lámpara Blanca Nieves.

Miguel se entusiasmaba con sus inventos. Últimamente pensaba mucho en una manera de construir. Así habría menos trabajadores muertos y todo iría más rápido. Estuvo años, hasta que hizo la patente. Luego pasaron ocho más hasta que alguien quiso probarla. Me decía que todo esto podía ser importante. Pero los grandes constructores no veían el negocio y Miguel envejecía. Y por fin, un equipo de cuatro jóvenes majísimos se unieron a él, se entusiasmaron y decidieron que se probase este invento de arquitectura vertida. Tuvieron el encargo de la Empresa Municipal de la Vivienda y vimos cómo la burocracia, y alguna otra cosa más, hacía que se retrasara la construcción. Miguel siempre repetía lo mismo: me voy a morir sin poder ver el final. Y cuando todo estuvo entregado y con las

licencias en la mano, le dijeron a Miguel que faltaba el solar, que no había solar para este edificio. Yo creo que, ahora, la única forma de ofrecerle un homenaje sería la de no poner más impedimentos a que esta patente se realizara.

Al cumplir los setenta años, Miguel comenzó a pintar cuadros, y a los ochenta se le hizo una exposición en la galería Biosca de Madrid. Disfrutó mucho pintando y haciendo retratos. Al mismo tiempo, nos dimos cuenta de que vivíamos muy materialmente y comenzamos a cambiar. Dedicamos bastante tiempo a leer libros sobre "el más Allá" del austriaco Jakob Lorber. Tuvimos experiencias nuevas, le dimos más importancia a lo espiritual. La muerte era algo muy serio e importante. No había que tenerle miedo. Cuando Miguel se dio cuenta de que se moría, me dijo que me quería y que me ayudaría. Y creo que, a través de muchos amigos y arquitectos, lo está haciendo.